

## *La experiencia urbana. Aguascalientes y su abasto en el siglo XX*

Luis Aboites Aguilar  
El Colegio de México, México  
[laboites@colmex.mx](mailto:laboites@colmex.mx)

Gerardo Martínez Delgado, *La experiencia urbana. Aguascalientes y su abasto en el siglo XX*, México, Instituto Mora/Universidad Autónoma de Aguascalientes/Universidad de Guanajuato, 2017.

¿Cómo dar de comer a una ciudad?

Debemos estar muy contentos por la aparición del libro de don Gerardo Martínez Delgado. Organizado en torno a la pregunta de cómo se abastece de alimentos una ciudad –en este caso la de Aguascalientes, ubicada en el centro de México-, el autor hace una cuidadosa e inspiradora reconstrucción de los mecanismos que organizan los distintos espacios productivos y formas de distribución de alimentos a lo largo del periodo 1884-1972, casi un siglo. Así, el libro empieza mostrando la aportación de la propia ciudad, luego la aportación regional y por último la de lugares lejanos. Son como tres pliegues de una misma pieza. Destaca la atención dada por un lado al ferrocarril y a las carreteras, y por otro, a la expulsión de huertas, huertos y establos lecheros que funcionaban en la propia ciudad hasta bien entrada la década de 1950.

Se trata de una historia hecha de demografía y economía, de grandes y pequeños empresarios, propietarios, comerciantes, de grandes y pequeños productores y por supuesto de consumidores. Anota bien que por su naturaleza las ciudades son incapaces de



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional.

autoabastecerse, lo que las obliga a desplegar su poder e influencia para garantizar la provisión alimentaria.

Leyendo el libro es fácil imaginarse los problemas que acarreó la tarea de proveerse de alimentos en otras localidades, como las de la frontera norte (de allí la zona libre, estudiada por don Octavio Herrera), o los centros mineros remotos (Parral, Cananea), o los lugares turísticos como Cancún. El estudio equivalente sobre Cancún sería brevísimo en virtud de que esa ciudad no produce nada o muy poco, y por ello todo el esfuerzo de investigación se dedicaría al abasto regional y al de origen lejano. Con lo anterior quiero decir que este libro tiene la sabia virtud de abrir el apetito historiográfico para hacer estudios similares en otras localidades. En ese sentido es una investigación generosa, volcada hacia el prójimo. No abundan los libros así.

Otra virtud es que estudia el siglo XX lejos de las convenciones de la historiografía política y económica. La revolución de 1910 es un episodio importante sí, pero ni de lejos es la madre del México o del Aguascalientes del siglo XX. Los cuatrenios y sexenios de los gobernantes no existen, lo que es una bocanada de aire fresco, una bendición por demás grata. En lugar de ello, el abasto de alimentos impone sus reales y ritmos. El autor es consecuente, pues no traiciona su hilo conductor. Tampoco se le ve forzando el problema local en términos de los cajones de la historia económica más común, que si modelo agroexportador, que si sustitución de importaciones, que si desarrollo estabilizador. Por esas características, es un trabajo arriesgado, audaz, y a mi modo de ver muy bien resuelto.

Al autor le interesan los cambios y las continuidades de los diversos modos de organizar el abasto de granos, leche, carne, harinas, bebidas, condimentos, y con todo ello arma una historia novedosa del siglo XX mexicano. Novedosa porque es principalmente una historia

protagonizada por una sociedad potente, activa, que construye, destruye, reconstruye sus modos de abastecerse de alimentos. Una historia con muy poco Estado, además. De este asunto me ocuparé al final.

Un atributo adicional es que se trata de un trabajo didáctico. Puede servir de guía para la búsqueda de fuentes (espléndida la base de datos sobre los mesones a fines del siglo XIX), que enseña cómo hacer cartografía y genealogías, cómo emplear las cifras demográficas, cómo interrogar la dimensión espacial tanto en planos como en fotografías aéreas, dónde colocar los datos de archivos y periódicos, los informes de gobierno y, algo por demás sugerente, cómo emplear y dónde acomodar los testimonios orales. Esa diversidad de fuentes es digna de encomio. Por ese atributo, debería adoptarse como libro de texto en las licenciaturas de historia, para enseñar a plantear, organizar, llevar a cabo y escribir los resultados de una investigación historiográfica. No se salva de algunos errores, incomprensibles si se considera la cantidad de ojos que lo han revisado: el año de 1958 no fue el último del gobierno de Adolfo López Mateos, como se lee en p. 214; y la precipitación no se mide en milímetros cúbicos (p. 235). Pero bueno, son minucias.

Por todo lo anterior reitero mi elogio, mismo que se ve acrecentado al enterarme de la edad del autor, quien aún es treintón. Esa juventud muestra que las nuevas generaciones de historiadores vienen potentes y seguramente más lúcidas que la nuestra. Obviamente no hablo a nombre de mi generación, pero sí como miembro de ella. Muchas felicitaciones al autor, a su familia y al entorno institucional que lo ha cobijado durante todos estos años. Habla bien de todos ellos.

Pero no puedo dejar de mencionar todo aquello que no me gustó o no entendí o no me convenció del libro. Además del título y del abuso de la palabra “niveles”, no entiendo la

exclusión de dos componentes: la energía y la política. La energía, porque en el periodo de estudio aparecen dos protagonistas nuevos de hondas repercusiones en la vida social y cultural, en especial en el abasto alimentario de las ciudades. Se trata de la electricidad y del gas. La electricidad no sólo mueve los pozos profundos y los molinos de nixtamal y más adelante las máquinas tortilladoras sino que hace posible la generalización de la refrigeración, vital para la conservación de los alimentos y la aparición de los supermercados, primero de empresarios locales, y más tarde de Walmart y demás gigantes del ramo. Por su parte, la disponibilidad de gas desplazó de manera paulatina a la leña y al fogón e impuso la necesidad de comprar tanto la energía como la propia estufa. Cabe preguntarse además si los abarroteros, ganaderos, antiguos hacendados incursionaron en el negocio de la venta de gas y de estufas, lo mismo que de refrigeradores. Estos cambios en los patrones alimentarios y de consumo –y de monetarización de la economía que va de la mano del debilitamiento de la autosubsistencia familiar- tienen lugar justamente en las décadas 1940-1960. La investigadora del CIAD de Hermosillo Juana María Meléndez y el suscrito escribieron un texto al respecto de esas dos fuentes de energía en la cocina y la alimentación mexicana, haciendo énfasis en la generalización de la pareja feliz formada por la estufa de gas y el refrigerador después de 1950.

La otra exclusión es la política. Antes saludé el poco Estado y la mayor sociedad; ahora crítico la escasa política. A pesar de su tamaño, me parece que al libro le faltó un capítulo capaz de cerrar o de coronar la abrumadora reconstrucción realizada lo largo de casi 500 páginas. Un indicio de la importancia de esa omisión lo da el propio autor cuando plantea que el ayuntamiento perdió beligerancia en el abasto alimentario a lo largo del siglo XX (p. 39).

El debilitamiento municipal plantea dos problemas. El primero tiene que ver con la política local. El autor afirma que los comerciantes dejaron de ocupar lugares en el ayuntamiento. Pero me parece que ese no es el dato importante: ¿para qué ocupar puestos en una instancia política que perdía fuerza? Puede pensarse además que no necesitaban intervenir en la política de manera directa. Quizá hallaron otra manera de preservar su peso e influencia. ¿Una asociación de abarroteros, o la Concanaco? Los Garza Sada no figuraron en la política del estado de Nuevo León, pero es difícil suponer que no intervenían en la selección de gobernadores y de otros funcionarios públicos. El espléndido libro de Vivianne Bennett sobre la política del abasto de agua en Monterrey es más que elocuente en ese sentido.

El segundo problema es más complejo y de mayor alcance. Se refiere a la pregunta de qué gobierno sustituyó al municipio, o acaso el autor sugiere que el abasto se convirtió en un terreno sin gobierno, en un espacio en manos de los grandes productores, acaparadores, intermediarios, abarroteros. Si es así, ¿cómo caracterizar la intervención del gobierno federal de mediados de siglo a través de la CEIMSA primero y de la CONASUPO más tarde? ¿Tuvo acaso esa intervención federal el propósito de sustituir al municipio, o al menos de paliar el vacío gubernamental que trajo consigo el debilitamiento del municipio? ¿Así se resolvió el abasto alimentario en todas las ciudades del país en este tiempo? ¿Sirve este estudio sobre Aguascalientes para proponer un modelo más general?

Se trata sin duda de un problema denso que el libro de Martínez Delgado apenas alcanza a dibujar. Como buen libro que es, su lectura genera numerosas preguntas: ¿cómo se manejó el grupo de propietarios-empresarios del ramo ante los cambios que trajo la reforma agraria? ¿Se desruralizaron, es decir, se desentendieron de la producción de alimentos, y se “urbanizaron” para dedicarse de manera preponderante al comercio, a la intermediación?

¿Acaso la revolución mexicana trajo consigo a final de cuentas una negociación doble con los propietarios y empresarios: la ciudad a cambio del campo y el comercio a cambio de la producción? Por ello, el campo y la ciudad y sus historias pueden acercarse más que nunca, una dimensión o conexión que estudios de este tipo podrían iluminar y profundizar. Recuerdo a un antiguo comunista chihuahuense, por desgracia ya fallecido (Gabriel Borunda), que estaba convencido de que las invasiones populares de terrenos urbanos iniciadas a fines de la década de 1960 no eran más que la expansión tardía de la reforma agraria en las ciudades. ¿Tenía razón? ¿Acaso los grandes terratenientes del campo lo eran también de las ciudades? Al menos el acaudalado chihuahuense Luis Terrazas sí lo era, según relata el historiador Víctor Orozco. ¿No hubo invasiones urbanas en Aguascalientes?

Otro aspecto que extrañé fue el tratamiento más fino de un rasgo importante de la geografía histórica de Aguascalientes: que se trata de un estado con una sola ciudad, como Yucatán y Nuevo León, y por ello muy distinto a otros estados con numerosas ciudades (Veracruz, Coahuila, Guanajuato, Sinaloa). Y además por su pequeñez, es un estado con un déficit productivo por ejemplo de maíz. Me pregunto si tal condición no hizo que la ciudad sufriera en mayor grado las embestidas de otros estados o ciudades más grandes y poderosas en cuanto a la producción y la distribución de mercancías. Algo se menciona al respecto sobre Guadalajara. Me refiero al establecimiento de alcabalas locales que buscaban entre otras cosas evitar saqueos como los que padeció el estado de Durango con el contrabando de maíz promovido por comerciantes de Torreón, a raíz de la catastrófica cosecha nacional de 1943. La llamada época posrevolucionaria está atiborrada de alcabalas en varios ramos. ¿No enfrentó la ciudad de Aguascalientes ese tipo de trabas, o no promovió su creación? Sea lo que sea ya

viene siendo hora de dejar en paz a José Limantour como presunto liquidador de las alcabalas en 1896.

Ignoro los planes de investigación del autor. Tengo la esperanza de que continúe su investigación más allá de 1972. Que relacione la valiosa perspectiva que se lee en este libro con las modalidades que asume el abasto alimentario en épocas más recientes, tomando en cuenta al menos dos fenómenos que aparecen en la década de 1970. Ambos tienen que ver con los empresarios del ramo: por un lado, si ante la expansión de la mancha urbana quizá como nunca antes, los comerciantes-acaparadores-abarroteros se interesaron en el negocio inmobiliario que conoció años de jauja en la capital de Aguascalientes (arribo de la NISSAN e INEGI); y por otro lado, preguntarse si esos mismos empresarios-propietarios se sumaron a la vida electoral a partir de la década de 1980 que permitió a opositores panistas hacerse de cargos en los municipios, el congreso local y el gobierno del estado. ¿No hubo en Aguascalientes un personaje como Rodolfo Elizondo, un egresado del Tec de Monterrey, muy cercano a Vicente Fox? Elizondo era mayorista abarrotero de la ciudad de Durango.

En suma, un gran libro, resultado de una gran investigación, de la autoría de un joven historiador que promete mucho. Debemos felicitarlo y agradecerle por todo lo que nos ha enseñado.